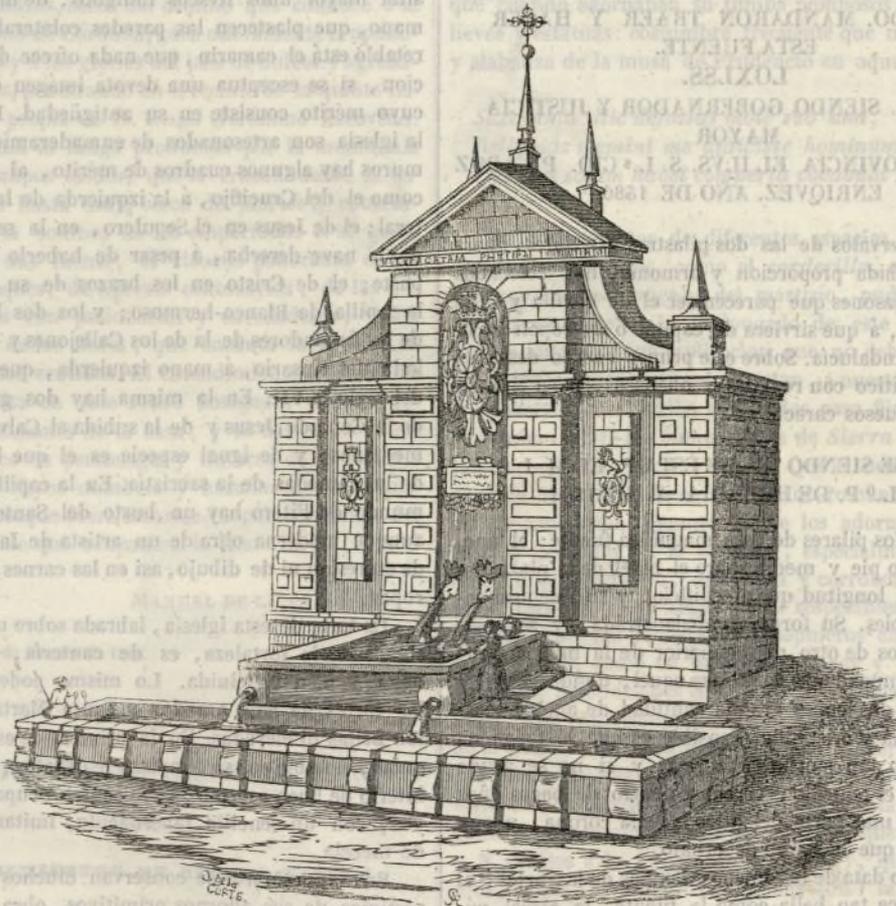


ESPAÑA PINTORESCA.



VIAJES.

MARTOS.

Artículo II. (I)

Si, como dijo acertadamente un escritor moderno, «dan grande honor á las naciones sus edificios públicos,» esta nombradía, considerada en menor escala, contribuye por igual razon á ennoblecer á los pueblos en que se ostentan obras magestuosas de las bellas artes, sin distincion ni preferencia entre sí; antes guardando el justo y natural equilibrio que los grandes ingenios han acon-

sejado al tratar, no solo de la arquitectura, sino es de la pintura y escultura, sus dignas compañeras. Siguiendo nosotros este mismo pensamiento, espondremos hoy al juicio de los amantes del buen gusto artístico, el catálogo de los monumentos, en que á par de su historia, libra Martos su fama y celebridad, procurando divagar lo menos posible en la narracion por no permitirlo los estrechos límites del SEMANARIO.

Ocupa el primer lugar sin duda la fuente llamada *Nueva*, en la plaza de San Francisco; obra levantada sobre correctos modelos; severa, noble é imponente. Consta de un cuerpo exento de sillería, y en él resaltadas cuatro pilastras, uno y otro almohadillado, y de proporciones que se ajustan al orden dórico. Corre sobre estas un friso y cornisa interrumpidos en el centro por un grande arco, de resalte tambien, que deja ver un

(I) Véanse los números 2 y 3.

seno elíptico, ocupado por un grande escudo convejo de las armas del reino, con las columnas y el *non plus ultra*, todo sobre un águila rapante de estimable escultura. Debajo, y sostenida por las garras de un león, cuya cabeza de frente ocupa la parte superior, hay una cartela cuadrilonga, donde en caracteres romanos se alcanza á ver la siguiente inscripcion:

SOLI DEO. HONOR ET GLORIA.
 REINANDO EN ESPAÑA LA C. R. M. DE D. FELIPE
 SEGUNDO. MANDARON TRAER Y HACER
 ESTA FUENTE.
 LOXLSS.
 MARTOS. SIENDO GOBERNADOR Y JUSTICIA
 MAYOR
 DESTA PROVINCIA EL ILVS. S. L.^s CIO. P.^o ABOZ
 ENRIQUEZ. AÑO DE 1580.

En los intervalos de las dos pilastras exteriores, guardando la debida proporcion y armonía, hay colocados otros dos blasones que parecen ser el de la villa y el de la provincia, á que sirviera de capital ó metrópoli de la Orden en Andalucía. Sobre este primer cuerpo descansa un grande ático con remates y obeliscos, y en el friso se lee en gruesos caracteres:

ACABOSE SIENDO G.¹ DE ESTA P. EL M. I. S.
 EL L.^o P. DE HEREDIA. A. DE 1584.

Dos son los pilares de esta magnífica fuente; el uno, elevado como pie y medio sobre el nivel de la plaza, es de la misma longitud que el edificio, y su anchura sobre cuatro pies. Su forma es abalaustrada, y se surte por dos caños de otro pilar superior de la misma figura, aunque mucho mas cortó que aquel, donde se vierte por bocas de dos leones grande cantidad de agua en estremo delgada y cristalina. Sensible es que se tenga en tal abandono tan suntuosa fábrica; y si no se acude pronto con el remedio, veremos dentro de pocos años derrumbada una parte del ático que la corona, y aun los obeliscos que la sirven de ornato.

Asimismo data de los buenos tiempos de las artes, si bien no parece tan bella como la fuente, la cárcel pública, situada en la plaza alta de la villa. Las inscripciones que adornan su fachada revelan la época de su erección, bajo el reinado de Felipe II y gobierno del Licenciado Abor y Enriquez año de 1577. Tiene dos medias columnas con su arquitrabe sencillo: su planta es noble y espaciosa, y en el muro que dá á la calle de San José hay mucho que admirar en punto á monumentos de la dominacion latina; en tantas dedicaciones, epitafios, lápidas votivas y honorarias de la República *Augusta Gemella*, cuya mas importante parte se halla publicada por los eruditos Ximena y Paton, y por el sabio maestro Florez en su España Sagrada al tratar de la iglesia de Tucci.

Las de Martos, especialmente sus tres parroquias, contienen algunos objetos dignos de atencion. Ntra. Sra. de la Villa, asentada en el barrio de este nombre sobre el antiguo castillo (en cuyas ruinas es piadosa tradicion haberse encontrado la imagen titular), parece edi-

ficada en el siglo XIII, y restaurada y ampliada en el XV. Consta de tres naves de grande elevacion, sostenidas por grandes columnas jónicas istriadas de sillaría. El retablo mayor, de orden corintio, abunda en relieves de la Pasion de Jesucristo y de la vida de Ntra. Sra. El nacimiento de Jesus y el paso de los azotes, desuellan entre todos por la espresion pronunciada de las figuras - inteligencia en el desnudo y en los ropages. Contrastan con lo antiguo y razonable del altar mayor unos frescos indignos, de moderna y tosea mano, que plastecen las paredes colaterales. Detrás del retablo está el camarín, que nada ofrece digno de mencion, si se exceptua una devota imágen de Ntra. Sra., cuyo mérito consiste en su antigüedad. Los techos de la iglesia son artesonados de enmaderamiento, y en sus muros hay algunos cuadros de mérito, al parecer; tales como el del Crucifijo, á la izquierda de la puerta colateral; el de Jesus en el Sepulcro, en la segunda capilla de la nave derecha, á pesar de haberlo restaurado en parte; el de Cristo en los brazos de su Madre, sobre la capilla de Blanco-hermoso; y los dos bellos retratos de los fundadores de la de los Callejones y Ortegas, titulada del Rosario, á mano izquierda, que parecen obra del siglo XVII. En la misma hay dos grandes lienzos de la Cena de Jesus y de la subida al Calvario, mas que medianos; y de igual especie es el que hay sobre una de las cómodas de la sacristía. En la capilla de San Raimundo de Fitero hay un busto del Santo Abad, que, aunque moderna obra de un artista de Jaen, no carece de espresion ni de dibujo, asi en las carnes, como en las ropas.

La torre de esta iglesia, labrada sobre una de las antiguas de la fortaleza, es de cantería, elegante, esbelta y bien concluida. Lo mismo podemos decir de las torres de San Amador y Santa Marta, aunque no tan bellas ni elevadas. En la primera de estas dos parroquias, notable por su limpieza y ornatos, hay un presbiterio de buen aspecto, cuyo centro ocupa el altar mayor, con un sencillo tabernáculo, imitando mármoles de mezcla.

En Santa Marta se conservan muchos y apreciables vestigios de sus adornos primitivos, obra del siglo XV, al parecer: de ello es una muestra la bóveda del centro, sobre el tabernáculo, enriquecida con aristas, escudos reales, águilas y craces de Calatrava en los extremos: el baptisterio es del mismo tiempo; y aunque en lo demas nada ofrece digno de observacion, puede decirse que este templo es el mas notable de la villa, por ser el depósito de las cenizas de los infortunados Carvajales, cuya fúnebre memoria transcribimos en el artículo primero. Es una losa de grandes dimensiones, incrustada en el muro frontero á la puerta principal, junto al ángulo que forma con la capilla de Santa Marta, última de la mano derecha.

En la línea de edificios públicos pudiéramos hacer mencion de las diferentes torres, cubos, murallas y antiguos cereos que la villa ostenta, á pesar del transcurso de los siglos y de la mano de hierro de los conquistadores. Pero, dejando tal exámen y narracion para los doctos anticuarios, que buscan en estos mudos testi-

gos de la pasada grandeza, la solución de puntos dudosos ó controvertibles de la Historia Nacional, diremos que en la de particulares no se muestra Martos menos interesante para la consideración del viajero, á pesar del desagradable aspecto de muchos, que, medio deruidos ó situados en calles tortuosas, al borde de precipicios, no campean con toda la lozania y magestad que los descritos anteriormente.

En las afueras de la villa, y como á ochocientos pasos de sus muros, cerca del camino que conduce á la campiña del reino de Córdoba, goza nuevamente el apasionado á las artes y á las glorias del país de dulces y agradables sensaciones, penetrando en el recinto de la quinta llamada *Motril*, propia de D. Diego Gerónimo Escovedo. Allí se compensa la fatiga producida por la monotonía de aquellos campos áridos, que se cruzan desde la salida de Baena hasta muy cerca de Martos, contemplando, bajo la sombra de los emparrados ó al grato murmullo de una fuente, el risueño panorama de los jardines y bosques, de cipreses centenarios, de las paredes tapizadas con pasionarias y enredaderas, y del variado matiz de las flores, que encanta la vista y lisonjea los demas sentidos. El entendimiento á su vez se espacia y deleita en este retiro sosegado, cuando recorre las habitaciones de la casa, y se fija en el salón de retratos, rico en personajes y timbres de la familia del poseedor, cuyos nombres y hazañas no consignaremos aquí, porque fuera sacarlos inoportunamente del lugar distinguido que ocupan en la Historia.

MANUEL DE LA CORTE.

Madrid 18 de Enero de 1843.

ANTIGUEDADES ESPAÑOLAS

DESCUBRIMIENTOS DE SIERRA ELVIRA.

Haud procul extremo culta ad pomeria valle
Mersa latebrosis crypta palet foveis.

Prudent. Peristeph.

(Conclusión.) (1)

El anillo, á ser considerado simplemente como tal, tiene una significación grande y misteriosa. No es necesario traer á cuento aquí la historia profana, ni aun la sagrada, en los pasajes del libro III de los Reyes, sobre las letras de Jezrael, confirmadas con el anillo de Achab, ni del de Esthér, ni del sello de Daniel con el del Rey, cuando hizo cerrar el templo de Belo, ni en otros muchos del antiguo Testamento. Basta únicamente leer lo que sobre ello dejaron escrito Clemente Alejandro y Baronio, Abraham Gorleo y el mismo Antonio Bosio, que los consultó y cita en su obra, cuando trata

(1) Véanse los números anteriores.

al fin del libro IV de los descubrimientos de varios anillos signatarios en el cementerio de Priscilla. Esta insignia, como él latamente explica allí, era de *cristianidad*, y solía ponerse á los fieles difuntos cuando sobre su losa ninguna cifra ni inscripción habian de esculpir sus deudos, compañeros ó amigos: que mas elocuente era el silencio de estos sagrados signos, y menos indeleble aparecía la fé de la persona sepultada, cuando prefería llevar consigo los emblemas de su creencia ortodoxa, que cuando adornaban su tumba pomposos dísticos, relieves y estatuas: costumbre frecuente que mereció prez y alabanza de la musa de Prudencio en aquel himno:

*Sexaginta illic defossas mole sub una,
Reliquias memini me didicisse hominum,
Quorum solum habet comperta vocabula, Christus.*

De otros objetos de diferentes especies que suelen verse en cementerios, como el *corderillo*, el *orfeo*, los *ramos* y los *instrumentos* del martirio, pudiéramos hablar largamente si lo prolongado de este artículo no hiciese enfadosa una explicación que no debe contraerse al presente descubrimiento. Bastan, á nuestro entender, las observaciones arriba apuntadas para fijar el verdadero juicio sobre los monumentos de *Sierra Elvira*, estableciendo en su vista: Primero. Que el cementerio del pago de Marujan es sólo de cristiano-romanos, sin mezcla de gentilismo. Segundo. Que los adornos y demas objetos grabados en la estampa, especialmente el anillo, número primero, atestiguan y corroboran esta opinión. Tercero. Que, según la de respetables anticuarios eclesiásticos, las siglas de los sepulcros católicos, así en epitafios, como en utensilios, ropas y alhajas, demuestran inspiraciones celestiales, y no cualidades terrenas. Esta convicción nos obliga á interpretar las letras de la hebilla, número cuatro, de la manera siguiente. Las tres primeras son V I N (y no R, como puede verse en los sepulcros de Petronio, Constantino, Herculio y Petroniano, en la Via Salaria, que tienen la M y N iguales á la tercera de la hebilla), que traduciremos, VINCIT. Las dos segundas son I latina con un punto, y C mas bien que H; porque el punto intermedio no las enlaza (al menos en la estampa): y pueden significar IESVS-CHRISTVS: y el todo, *Vincit Iesus Christus*, expresión muy usada entre los fieles, y equivalente al *In hoc signo vinces*, del lábaro de los Emperadores de Constantinopla. Cuarto. Que si alguna semejanza tiene la pieza de metal (designada en la estampa con el número tercero) con alguna especie de cuadrúpedo conocido, mas probablemente la contraeremos al *buey* (aun cuando la cabeza sea corta y carezca de astas ó las tenga muy cortas) que al *conejo*: este animal no sabemos sirviese de emblema ó símbolo de virtudes cristianas, ni hay ejemplo de verlo grabado en sepulcros, trages ó armaduras de los católicos antiguos: por otra parte, el dorso y postura del cuello, brazos, etc., parecen, tal vez, mas aplicables al *buey*, signo de santidad y pureza de pensamientos, como dijo San Gregorio. *Quid aliud in figura per boves, quam bene operantes accipimus?...*

Nada espondremos sobre el uso del cobre entre los antiguos, porque es tan frecuente en los primeros siglos de la Iglesia, que se halla comprobado con varios descubrimientos: y en cuanto á los anteriores á la Era cristiana, sobre ser cuestion hábilmente tratada por los autores de la Historia literaria de España, á que desde luego nos remitimos, no parece, á nuestro entender,

muy oportuna y conveniente, tratándose de monumentos, cuya fecha data cuando mas del Imperio de Constantino.

MANUEL DE LA CORTE Y RUANO CALDERON.

Cabra, Noviembre 1.º de 1842.



D. ESTEBAN ILLAN.

NO POR EL HUEVO, SINO POR EL FUERO.

RECUERDO HISTORICO.

En la parte superior de la bóveda que está detrás de la capilla mayor de la catedral de Toledo, se halla pintado al fresco el retrato de un guerrero á caballo con su lanza y escudo blasonado. Esta pintura es reciente, pues es una copia de la original que estaba en la bóveda inmediata, y la cual hubo necesidad de romper el 1728 para dar luces por medio de una elegante cúpula á el famoso transparente de bronce y jaspes que mandó construir la piadosa devoción del Emmo. Car-

denal y Arzobispo de dicha ciudad D. Diego de Astorga y Céspedes. Es á la verdad sensible que la precision haya hecho sustituir un borron del churrigueresco Narciso Tomé á la pintura al fresco original del siglo XIII, que muy bien conservada aun la han podido ver nuestros abuelos.

Pero dejando á un lado lo que nadie es capaz de remediar, vamos á decir á quién representa ese caballero, y cuáles pudieron ser los motivos que dieran causa para tener el honor de ser retratado en tan distinguido lugar. El que está allí figurado es el famoso D. Esteban Illan, hijo de Pedro Illan, nieto de Illan Perez, y viznieto de D. Pedro Gutierrez de Toledo, tronco del nobilísimo apellido y linage de los Toledos, con el que está entroncada casi toda la grandeza de España.

El enunciado D. Pedro Gutierrez de Toledo acompañó á D. Alonso VI en la conquista de Toledo, y le ayudó con cuanto pudieron sus servicios y facultades. El generoso Príncipe, en premio de su fidelidad y adhesión, después de ganada la ciudad le heredó en ella, dándole casas y otras propiedades, para que sirviéndole de solar se arraigase su familia allí. A su fallecimiento dividió sus bienes, formando otros tantos mayorazgos entre cuatro hijos, de cuya descendencia proviene, ó al menos con ella está enlazada, una gran parte de nuestra principal nobleza. Entre otros muchos heredamientos tocó á Illan Perez, uno de los hijos de D. Pedro y abuelo de D. Esteban Illan, la gran casa junto á la parroquia de San Roman, solar de su descendencia y mayorazgo, que por legítimas sucesiones recayó en los Condes de Orgas, quienes la vendieron á la Compañía de Jesus el 1748, para que sobre su ruinas fabricase aquella el Colegio de San Ildefonso, que hoy es Parroquia de San Juan Bautista, y casa de oficinas públicas. Segun tradicion, en esta casa se cree que habitaron los padres de San Ildefonso, y una capilla que aun se conserva, y donde se dice nació el Santo Prelado, apoya esta piadosa creencia.

En estas principales casas habitaba por los años de 1166 el célebre D. Esteban Illan, objeto de este artículo, á la sazón que la ciudad de Toledo estaba tiranizada por D. Fernando de Castro, lugar-teniente del Rey de Leon, que tenia usurpados los estados de Castilla á Don Alonso, niño aun, y bajo la tutela del Conde D. Manrique de Lara, que murió poco después en la desgraciada jornada de Huetle.

D. Esteban era á aquella sazón una de las mas principales personas de la ciudad, y su influencia muy temible para D. Fernando de Castro y su familia; y no era el temor vano, pues resuelto el Illan y sus parciales á proclamar á D. Alonso en Toledo, tuvo el primero maña para introducir al niño Rey en la ciudad sacándole de Maqueda, y al día siguiente, que fué en el mes de Setiembre, desde lo alto de la torre de la parroquia de San Roman le proclamó, diciendo: «Toledo, Toledo, por el Rey de Castilla.» Tan desprevenido cogió á D. Fernando este suceso, que reuniendo la gente que de pronto pudo acaudillar, fué á sitiar la misma torre de donde habia salido aquel clamor; pero habiendo sido rechazado, él y sus parientes abandonaron de secreto la ciudad, quedando esta, y á muy poco tiempo toda Castilla, á merced de su lejítimo soberano Alfonso VIII (1).

Agradecido el Príncipe á tan señalado favor, dice un antiguo historiador: «Que plugóle mucho lo que habia hecho D. Esteban, y en galardón de ello le hizo merced de la tenencia y guarda de esta ciudad, con sus alcázares y con el cargo de la justicia; á mas le dió que tuviese en cada mercado cuatro tiendas de las del Rey, y las salinas de Peralejos y de Avejares, y los casti-

«llos de Albaladejo, Zudaharras, y Castrejon y otras muchas cosas.» Y ¿seria por esta notable hazaña por la que mereciese D. Esteban el singular privilegio de que su retrato quedase para perpétua memoria estampado en una de las bóvedas de la catedral? En esto discordan los autores antiguos. Algunos quieren asegurar que esa fué la causa; pero otros, y á nuestro sentir mejor informados, dicen que pasados algunos años después de estos acontecimientos, queriendo el Rey imponer cierta clase de tributos á la ciudad, de los que estaba exenta por sus fueros y exenciones, D. Esteban, como alcaide de ella, se opuso fuertemente á esa medida, aunque confesando por otro lado que él y sus conciudadanos estaban prontos á suministrar al Monarca cuanto necesitase, por via sí de donativo voluntario, pero sin viso alguno de exacción forzosa. El Rey insistió en querer imponer la carga, y D. Esteban, al ver tan porfiada y tan injusta demanda, á nombre de la ciudad denegó absolutamente los subsidios, recordando á D. Alonso que no por lo que ello era, sino por el modo de exigirlo, la ciudad se resistia á obedecerle; ó lo que era lo mismo, *no por el huevo, sino por el fuevo*; adagio vulgar que dicen tuvo su oríjen de aquellos acontecimientos.

N. M.

REVISTA DE TEATROS.

MES DE ENERO.

Hace algun tiempo que los teatros de la Côte se esfuerzan por presentar respectivamente mejoras reales, que el gusto ya mas generalizado del público y los adelantos de la época reclaman; nadie ignora lo que se va estendiendo la afición á este género de espectáculos; y las sociedades artisticas y literarias que diariamente se reproducen, y consagran al arte dramático parte de sus tareas, contribuyen á que el gusto se generalize y aumente, y son un poderoso estímulo para los actores y empresas de Madrid. Algunos amantes de la literatura nacional desearian que los varios ingenios españoles de reconocido mérito que escriben para el teatro, fuesen secundados en el proposito de elevar nuestro repertorio dramático al grado de que es digno, por los recuerdos con que puede vanagloriarse; y que ya que reunen las cualidades que son necesarias para conservar un carácter propio y local en piezas de costumbres, y para retratar con verdad y maestría todos los afectos y situaciones que requieren obras de diferente escala, reuniesen sus esfuerzos para contener la avenida de dramas extranjeros, algunos de ellos muy buenos y dignos de adoptarse; pero los mas contrarios á los instintos y á las conveniencias de nuestro pais. Esto no es obra de un día, mucho menos cuando una porción de circunstancias inevitables, y enteramente estrañas á la cuestion que nos ocupa, abren en nuestro suelo el camino á una importacion que es perjudicial bajo cuasi todos los puntos de vista que se la considere; pero con esperanza, y decidido y constante empeño se han conseguido cosas mas árduas; y nosotros, aunque no aventuramos vaticini-

(1) Bajo el título de Laras y Castros publicamos en el tomo correspondiente al año 1841 del SEMANARIO, un recuerdo histórico en el que están indicados varios de estos sucesos que tienen relacion con D. Esteban Illan.

nios ni propósitos, nos atrevemos á esperar que al cabo de algun tiempo no tendrán necesidad nuestros teatros de recurrir á importaciones estrañas para el surtido diario, y que lentamente se irá fijando el gusto del público, cual conviene para que los escritores originales que están en situacion de dar el tono á nuestra literatura dramática, puedan hacerla tomar un colorido puramente nacional, librándola del maléfico influjo de falsas galas y prestados atavios, que no necesita para brillar por sí sola. A esto se dirijirán nuestros esfuerzos; con pluma imparcial y justa haremos una reseña de las funciones nuevas de los principales teatros de la Côte; no disculpando defecto alguno de las obras traducidas, y antes juzgándolas con la severidad que reclaman la justicia y la conveniencia, por las razones que espondremos sucesivamente.

El Sr. Breton de los Herreros es el autor de la primera novedad dramática del mes de Enero en el teatro del Príncipe. La Zarzuela en un acto, titulada *Los solitarios*, no ha aumentado en nada el crédito del escritor. Es una imitacion de los *vaudevilles franceses*, que carece de la originalidad y de otras dotes que sobresalen euasi en todas las obras del Sr. Breton, y en la cual poco se encuentra de notable, á no ser los varios chistes vivos y oportunos de que está sembrada, y que con tanta naturalidad y soltura se escapan de la fecunda y festiva pluma del poeta. En euasi todas las obras de este distinguido escritor sobresale un instinto feliz, que sin género alguno de afectacion ni pretensiones exageradas, nos hace admirar el inimitable y espontáneo gracejo que las distingue de las demas contemporáneas. El Sr. Breton no ha querido hacer una comedia, no ha querido decir ni enseñar nada nuevo en esta ligera produccion; su objeto ha sido, segun creemos, entretener agradablemente al público sin por qué ni para qué; y es sensible que la falta de novedad en la concepcion del plan, deje muchas veces desear algo mas que hubiera dado variedad y animacion al conjunto general del cuadro. Bien conocemos que cuando se quiere poner una produccion al alcance de la parte de la sociedad menos ilustrada, tiene que desprenderse el escritor de una porcion de recursos, á veces de fácil aplicacion y gran efecto, reemplazando con lo cómico de las costumbres y de los caracteres, y con la viveza del diálogo, el vacío que no puede menos de dejar la ausencia de un interés sostenido y de las grandes situaciones dramáticas. El Sr. Breton ha escrito en todos géneros, y ha recibido ovaciones y amargas censuras en todos; pero donde sobresale es en la comedia de costumbres; no en la de Moliere, ni en la de Moratin, ni de ningun género conocido, sino suyo y peculiarmente suyo, que por lo mismo es espontáneo é inimitable, y le dará un nombre que, aunque muchas veces amargamente censurado, y algunas no sin justicia, acabara de volver á conquistar el aprecio general del público que ha tenido, y á que es indudablemente acreedor, como uno de nuestros primeros escritores originales. En la Zarzuela, de que hablamos, sucede lo que con muchas obras del mismo escritor: el público la vé gustoso, y la tributa repetidos y unánimes aplausos; y

al cabo de un momento se muestra indiferente, y al salir del teatro ya está disgustado, y olvida lo que ha reido durante la representacion, para darse cuenta de un vacío que no se sabe explicar, y que le dice muchas veces que aquella obra podia ser mejor, y dejarle una impresion mas viva y duradera de los objetos que en ella ha visto sucederse. Nosotros no sabemos á qué atribuir este desvío del público hacia obras en que á veces no se encuentra motivo razonable de censura; y aunque *Los solitarios* no sean ciertamente una pieza bajo ningun punto de vista notable, son un juguete con música y coros, que entretiene por la viveza del diálogo y los chistes en él salpicados, y que no necesita la indulgencia de que el público se muestra hartamente avaro con este escritor para salir bien librado. Sin embargo de que la ejecucion, en la parte de accesorios, estuvo un tanto descuidada, el público arrojó una corona á la escena la segunda noche que se representó, y premió de esta manera los desvelos del poeta y de algunos de los actores del teatro del Príncipe.

Otra novedad dramática nos presenta despues el teatro de la Cruz en el drama de *Simon-Bocanegra*, del Sr. García Gutierrez; el asunto es euasi enteramente fabuloso, aunque el nombre del protagonista figura ciertamente en la historia de Génova. Desde luego se deja conocer en la lozanía y robustez de la versificacion, y en la melancólica ternura que respiran algunas de sus escenas, la pluma ejercitada de un jóven poeta, que logró interesar vivamente al público hace algunos años con una de sus obras, cuyos versos tristes y cadenciosos andan de boca en boca todavia. No es nuestro ánimo establecer comparaciones; aquella obra fué juzgada á su tiempo; y ésta, que desde luego le ha proporcionado un nuevo triunfo, aunque no tan unánime y espontáneo como el primero, merece ser considerada atentamente. El carácter de Simon-Bocanegra es bello, y se destaca en primer término sobre todos los demas del drama al lado del de Paolo, personaje odioso, aunque poco desenvuelto, á nuestro juicio, para lo que conviniere á las dimensiones del drama, y al interés y realce del principal papel. Si el Sr. Garcia nos ha querido pintar en Paolo un hombre diestro é intrigante, que solo piensa en su elevacion y engrandecimiento, sin pararse en medios hasta llegar al objeto de sus miras, lo ha conseguido en parte, pero algo le ha quedado que hacer; no basta que nos haya dicho: este es un hombre malo, es un hombre que trata de satisfacer su ambicion sin respetos á la amistad y al amor; sino que era preciso que una serie de situaciones viniesen á presentarle en posicion de desarrollar su destreza y su audacia; y que en lugar de pasar el tiempo en declamaciones perfectamente escritas, hiciese un poco mas de lo que hace para probarnos, si es posible que en un hombre del pueblo, y en una época en que estaba tan envilecido y degradado por la nobleza de Génova, se despierte rápidamente una ambicion tan ilimitada, con pretensiones tan exageradas y violentas. En cambio, el personaje de Simon-Bocanegra es bello y sostenido; le miramos padre cariñoso, amante desdichado é hijo maldonado, á la par que se ve rodeado del incienso de las

grandezas humanas que acepta con desden, abriéndose á sí mismo el camino de una catástrofe no merecida. La dureza de Andrés Fiesco raya en lo imposible; conocemos el carácter genovés y las pasiones que se agitan en la edad media entre ciertas familias, transmitiéndose en herencia de padres á hijos como sucesion de honor; sabemos que la venganza implacable ha estado en voga en todos los pueblos belicosos, con todo el rencor que aun se conserva entre las tribus nómadas de los desiertos, y aun vemos algo de generoso en ese sentimiento profundo de la ofensa que alimenta á todos los pueblos en su infancia; pero no es posible comprender la inexorable resolucion de Andrés Fiesco manifestada en el prólogo del drama, y sostenida con decidido empeño en medio de las alternativas de que se ve rodeado mientras dura la accion de él. El carácter de Susana es interesante, y aunque sencillo, perfectamente escrito é ideado; y en él ha recibido la Señora Lamadrid (Doña Bárbara) una nueva prueba del constante y no interrumpido aprecio que inspira hace tiempo con justicia al público de Madrid. El Sr. Latorre ha estado en uno de los papeles que son mas de su cuerda, y le ha desempeñado con todo el aplomo y dignidad que requiere el asunto; escediéndose á nuestras esperanzas en el final del prólogo, en que tiene una escena trágica de gran peligro para el drama, y que ejecutó con la maestría y el tacto que le distinguen. En medio de las bellezas que encierra su papel, nos pareció algun tanto inverosímil aquella escena, en que entrando en el palacio de Fiesco y viendo muerta dentro de él á su querida, permanece en el balcon algunos instantes contemplándola y querellándose de su inesperada desgracia. Era mas natural que Simón hubiese entrado inmediatamente á estrecharse con el cadáver de su amada, ó que hubiese huido de aquella escena de horror, sin detenerse ni un punto solo en un parage tan poco apropiado para espresar sus penas. Pero este pequeño lunar es disculpable, y se compensa con las bellezas que contiene el drama, y que hacen sentir lo descuidado de la ejecucion por parte de cuasi todos los actores que no nombramos.

La escena ha estado bien servida y decorada, si se exceptua en el primer acto ó prólogo, en el que no hay ilusion bastante poderosa para hacernos creer que eran palacios de Génova los que teniamos a la vista. Estos descuidos son indisculpables, porque destruyen gran parte del atractivo de las obras del mayor mérito, y se convierten en perjuicio de los escritores y de las empresas.

El teatro del Príncipe ha dado ademas otra comedia nueva del Sr. Breton de los Herreros, titulada, *Estaba de Dios*; y en ella hemos visto al distinguido poeta satisfacer á una de las exigencias de la crítica severa que hace tiempo sufre, eligiendo otro círculo de personajes distinto del que ha puesto en juego en algunas de sus anteriores obras. Esta comedia tiene una intencion moral, tiene caracteres y bellezas, á mas del diálogo festivo y animado que con tanta facilidad emplea y distingue á todas sus producciones. Dos hermanas ricas, herederas, presentan en contraste sostenido y animado

durante toda la comedia dos caracteres enteramente opuestos. La una desecha todo enlace que la eleve á una posicion superior de la en que ha nacido; y la otra, impelida por el deseo de brillar en el mundo, desoye toda idea de matrimonio razonable, y ahogando en su corazon los sentimientos del verdadero amor, sienta por principio el que no ha de elegir para marido, de Conde abajo ninguno. Este gracioso juguete nos presenta por un lado el desinterés llevado hasta un término nada comun en Paulita, que desaira las pretensiones de un amante de quien está vivamente apasionada, solo porque hereda el condado de Alba-Tormes, mientras que la otra se encuentra chasqueada, por haber tenido la debilidad de hacer harto ruidosos sus amores con un perillan que se introduce en su casa fingiéndose el verdadero Conde, á quien todos creian muerto, y logra de esta manera acalorar la imaginacion de la vanidosa niña, harto predispuesta de suyo á aceptar toda idea que alhague sus sueños de elevacion y vanagloria. En esta comedia están bien ideados los caracteres, y no hay nada que interrumpa la accion sencilla de la fábula, y solo podria encontrar la crítica severa algun tanto de exageracion en una ó dos situaciones, y algunas palabras que la musa inspirada del Sr. Breton deja escapar á las veces en el calor de sus animadísimos diálogos. No hay en nuestro pais, ni ha habido, nadie que por mucho que le ciegue el enojo, vote nunca; Por vida del mar salobre!... y desde luego se deja conocer que solamente la estremada facilidad del poeta y el dominio que ejerce sobre su musa, han podido hacer tolerable este verso en medio de la impropiedad que arguye el poco usado juramento que encierra. La ejecucion ha sido esmerada de parte de las Señoras Diez y Lamadrid (Doña Teodora), que dieron á la comedia todo el realce é interés que exijan sus respectivos papeles. El Sr. Romea (Don Julian) ha ocupado demasiado naturalmente su lugar en la posicion violenta de Conde finjido; y creemos que aunque para sostener el interés de la pieza convenga el que el público no se entere desde luego del enigma del supuesto personage, pudiera haber dado cierto aire mas marcado de estravagancia á su persona, y un poco menos de aplomo á sus modales, sobre todo en las primeras escenas. El Sr. Florencio (Don Florencio) ha hecho uno de los caracteres que estan en su cuerda, y no ha dejado nada que desear.

El español en Venecia, ó la Cabeza encantada, comedia del Sr. Martinez de la Rosa, es la última produccion nueva que ha puesto en escena el teatro del Príncipe; este juguete gracioso ha sido unánimemente aplaudido, y á pesar de que gran parte del pensamiento de la obra no es original, y de que ya se habia visto representada en el Liceo, el éxito ha coronado completamente las esperanzas del venerable poeta. En nuestro teatro se reciben siempre con gusto las producciones que recuerdan á Calderon, Tirso, Lope y otros escritores de su época; y al ver á un caballero español en tierra estraña, enredado en lances y amoríos, entre tres damas diferentes, que le chasquean y le vuelven el juicio, sin que en medio de la claridad y sencillez que reina en sus interesantes situa-

ciones se fatigue la imaginacion ni prevea el desenlace, harto natural é interesante de la fábula; no podemos menos de aplaudirla, sin que acertemos á esplicar cuál es mejor, si la conduccion del argumento, ó las sales cómicas, ó la viveza del diálogo, ó el colorido local, ó la animacion y el ordenado conjunto del sencillo plan de la obra. Todo en ella es ordenado y bello, y el público, con su continuada asistencia á sus repetidas representaciones, y con aplausos no interrumpidos, ha dado una prueba nada equívoca del favorable juicio que ha formado de ella, y de que se halla dispuesto á admitir gustoso todas las piezas que tengan como esta un colorido puramente español.

La ejecucion buena por parte de todos los actores, escepto el Sr. Romea (Don Florencio) que ha estado un tanto frio y sin expresion en su papel de Angelo Strozzi; y el Sr. Guzman, que se ha permitido libertades poco convenientes al decoro del público.

Réstanos la traduccion que lleva el título de *Alifax, ó pícaro y honrado*, que ha puesto en escena el teatro de la Cruz. Tiene relacion con el reinado de Carlos II de Inglaterra, y es una de esas obras que Alejandro Dumas escribe sin conciencia, ó firma al granel, durmiendo descansado sobre sus laureles anteriores. No sabemos por qué las empresas no miran mas por sus intereses, haciendo una eleccion mas acertada de las comedias traducidas que han de poner en escena. La que nos ocupa es mala, manifestamente mala, segun comprueba el fallo del público, que á la segunda noche ha dejado desierto el teatro de la Cruz. La ejecucion ha sido cual puede esperarse; es una pieza que no contiene ninguna de las bellezas que suelen ser en otras poderoso estímulo para los actores.

Dos bailes históricos de espectáculo hemos presenciado ademas en los teatros de la Cruz y del Circo. *La encantadora, ó el triunfo de la Cruz*, es el primero, y sobre sale por el lujo y buen gusto con que ha sido decorado, y por los lindísimos bailables que el Sr. Bartholomin ha sabido ordenar en el conjunto de su graciosa composicion, librándola en gran parte de la inevitable monotonía de que adolecen por lo regular este género de espectáculos. Las parejas Momplaisir y Finart y la Señora Prevot han demostrado su soltura, su elegancia y firmeza en cada uno de los pasos que han ejecutado, á la par que los niños alumnos han lucido inocentemente sus graciosos juegos y variadas posturas, formando con variados contrastes un conjunto agradable lleno de animacion y movimiento. La marcha llamada fantástica del tercer acto, á que concurren casi todos los individuos del cuerpo de baile, es de muy buen efecto; y el paso de diablillos del mismo acto no carece de gracia y novedad. Pero lo que mas nos ha cautivado es el terceto del acto cuarto, bailado por el Sr. Prevot y la pareja Finart.

La empresa ha hecho costosos gastos en trajes y decoraciones, y visto coronados sus esfuerzos con el aplauso del público, que ha tributado el debido elogio á esta notable y vistosa composicion del Sr. Bartholomin. Entre las decoraciones nuevas tenemos que alabar la del acto segundo, pintada por el Sr. Abrial, en que aparece á lo le-

jos un hermoso paisaje oriental con las variadas tintas de la luz del sol y de la luna, que se suceden insensiblemente con admirable efecto, y la última del acto cuarto pintada por el Sr. Aranda.

Los griegos ó la libertad de Grecia ha dado ocasion á las Señoras Petit Rouquet y Massini, Latour y Vaghi, para lucir de nuevo en el teatro del Circo su soltura, flexibilidad y elegancia en cada uno de los padedús y difíciles pasos que han ejecutado. El público ha quedado complacido con este espectáculo, y en medio de un baño de pólvora que se le ha hecho tomar, ha tenido que convenir en que las lindas bailarinas hicieron perfectamente el ejercicio de fuego, entre las vistosas evoluciones militares que las permitia la estension del espacioso escenario. La decoracion final es de un efecto admirable, y ha venido á coronar el buen éxito de este baile, compuesto por Mr. A. Blanche, y puesto en escena por el Sr. Emilio Rouquet.

DAVRED.

AVUNCIO.

En los mismos puntos en que se suscribe al SEMANARIO, puede verificarse tambien á la REVISTA DE MADRID, que se publica dos veces al mes, en cuadernos de seis pliegos de lujosa y esmerada impresion, y cuyo coste es solo de 10 rs. al mes para los suscritores de las provincias, franco de porte.

Tambien puede suscribirse en los mismos puntos á la obra PERSONAJES CÉLEBRES DEL SIGLO XIX, por UNO QUE NO LO ES, de la cual se publica un cuaderno cada domingo, conteniendo una biografía, un retrato, y á lo menos dos pliegos de lujosísima impresion. Esta obra que ha sido muy bien acogida del público, lleva ya publicado el tomo I (doce entregas) que comprende las biografías de los personages siguientes: JOVE LLANOS—LORD WELLINGTON—MR. THIERS—MOHAMED-ALY—IBRAHIMBAJA—FLORIDABLANCA—BALZAC—D. MARIANO ALVAREZ DE CASTRO—METTERNICH—ORFILA—O' CONELL y el GENERAL LEON: y han salido del tomo II siete entregas, con las biografías de GUIZOT—MAHMUD II—SILVIO PELLICO—PALMERSTON—ARCHIDUQUE CARLOS—GRAVINA, y CALOMARDE.

El coste de la suscripcion es de 14 rs. por cada cuatro entregas en las provincias, franco de porte, y de 12 para los que sean tambien suscritores á la REVISTA DE MADRID. La suscripcion puede hacerse tambien, enviando su importe al DIRECTOR de la REVISTA, en un libramiento sobre correos.

En Madrid el coste de la suscripcion á la REVISTA es de 8 rs. al mes; el de la obra PERSONAJES CÉLEBRES 12, y 10 para los que sean suscritores á la REVISTA, llevado todo á sus casas. Los que gusten suscribirse á cualquiera de dichas publicaciones, no tienen mas que advertirlo á los repartidores del SEMANARIO, y se les llevarán los números que deseen.

MADRID—IMPRESA DE D. F. SUÁREZ, PLAZ. DE CELENQUE, 3.